

El cerco se estrecha

Crackit, Chitling y Kags llevaban varias horas esperando en la guarida del Foso de la Locura. El silencio era sepulcral, y los tres hombres mostraban una gran inquietud, que se había acrecentado con la llegada del perro de Sikes. De repente, comenzaron a sonar unos golpes en la puerta del piso de abajo.

—Será el joven Bates —dijo Chitling.

Los golpes volvieron a sonar, cada vez con mayor insistencia. Estaba claro que no era Bates: él no llamaba así. Toby se asomó por la ventana con mucha cautela. Y, cuando volvió el rostro hacia sus compinches, no le hizo falta decir nada: estaba pálido y se había echado a temblar.

—Tenemos que dejarle entrar —dijo el señor Kags.

—¡Que se vaya a otro sitio! —protestó Chitling—. ¡Está apesadado! ¡Nos cogerán a todos por su culpa!

—¿Dónde quieres que vaya? —repuso Kags—. ¡No hay más remedio que abrirle la puerta!

Al fin, Sikes entró, con la cara cubierta con un pañuelo. Estaba pálido, tenía los ojos hundidos y llevaba una barba de tres días. No parecía Sikes, sino su fantasma.

—¿Qué hace aquí el perro? —dijo—. ¿Quién lo ha traído?

—Ha venido solo, hace un rato —contestó Kags.

—¿Es verdad que han enjaulado a Fagin?

—Sí.

Se hizo un incómodo silencio.

—¿Qué demonios os pasa? —rugió Sikes—. ¿Tenéis algo que decirme?

Nadie respondió.

—¿Vais a entregarme, verdad? —dijo Sikes.

—Te puedes quedar, si crees que aquí estarás a salvo —respondió el joven Chitling.

—¿Sabéis si Nancy...? —balbució Bill—. ¿El cuerpo está...? ¿Lo han enterrado?

Los otros tres negaron con la cabeza.

—¿Cómo que no?

Volvieron a sonar golpes en la puerta de abajo.

—¿Quién demonios es? —gritó Sikes, y le hizo una señal a Toby Crackit para que fuera a averiguarlo.

Crackit bajó las escaleras, y al poco regresó mucho más sereno, seguido de Charley Bates. El *maestro* también parecía tranquilo, pero en cuanto vio a Bill Sikes se quedó pálido como un muerto.

—¿Por qué no me has dicho que él estaba aquí? —Charley le reprochó a Toby.

—¡Pero Charley...! —dijo Sikes—. ¿Es que ya no somos amigos?

—¡No te acerques a mí! ¡Eres un monstruo! —respondió el chico—. No te tengo miedo. Si te quedas aquí, te delataré: ¡te lo advierto!

Charley estaba tan furioso que se lanzó sobre Sikes. Logró tumbarlo, y el hombre y el muchacho rodaron por el suelo. La lucha, no obstante, era demasiado desigual como para que durase mucho. Sikes logró dominar al chico y le puso una rodilla sobre el

cuello para inmovilizarlo. Justo entonces, Crackit señaló hacia la calle y exclamó, alarmado:

—¡Mirad!

Sikes soltó a Charley y corrió hacia la ventana. Al mirar abajo, quedó horrorizado: había decenas de antorchas que iluminaban la noche, y una gran muchedumbre corría hacia la casa en medio de un creciente clamor.



—¡Aquí, ayuda! —comenzó a gritar Charley—. ¡El asesino está aquí!

—¡Entrégate en nombre del Rey! —chillaban las voces.

—¡Echad la puerta abajo! —dijo el *señor Bates*.

Sordos y duros golpes sacudieron la puerta. Los gritos de la gente eran espeluznantes.

—¡Malditos bastardos! —gritó Bill con voz desgarrada—. ¡No me atrapéis!

Los que estaban más cerca empezaron a gritar: «¡Abajo la puerta!», «¡Traed una escalera!». Cientos de voces, por el puente que llevaba a la isla y más allá, se hacían eco de aquellas palabras, a las que algunos añadían insultos y maldiciones, como es propio de las masas embravecidas.

—Dadme una cuerda larga —dijo Sikes—. ¡Vamos, obedeced, o nadie saldrá vivo de aquí!

Kags le entregó una cuerda, y Sikes se la echó al hombro y subió al trastero. Por un ventanuco que daba al tejado, salió a la empinada cubierta del edificio.

—¡Allí está el asesino! —gritó alguien desde abajo.

Las voces repitieron una y otra vez: «¡Allí está! ¡Allí está!».

—¡Cincuenta libras para el que lo atrape! —dijo un hombre montado a caballo que salió por entre la muchedumbre.

Sikes asomó el cuerpo hasta el pecho. Tenía miedo, pero debía saltar: la marea había bajado, y caería sobre el barro. Y seguro que luego lograría escabullirse, aprovechando la confusión y la oscuridad. Pero ¡había que actuar rápido! Las voces se oían ya dentro de la casa: estaba claro que la muchedumbre había conseguido entrar. Sikes pasó un extremo de la cuerda alrededor del cañón de la chimenea, y la aseguró bien. Después hizo un nudo corredizo con el otro extremo y se rodeó el cuerpo. Bajaría a una distancia prudencial del suelo y luego cortaría la cuerda para dejarse caer sobre el lodo.

Sin embargo, las cosas no salieron como había previsto. En el mismo instante en que iba a pasarse el lazo por debajo de los brazos, sus pies resbalaron, y la cuerda acabó por rodearle el cuello. Sikes perdió el equilibrio y cayó al vacío. Se produjo un tirón brusco, y sus miembros se convulsionaron de golpe.

Ya no había posibilidad alguna de huida: el cuerpo muerto de Sikes colgaba de la chimenea y se balanceaba lentamente.